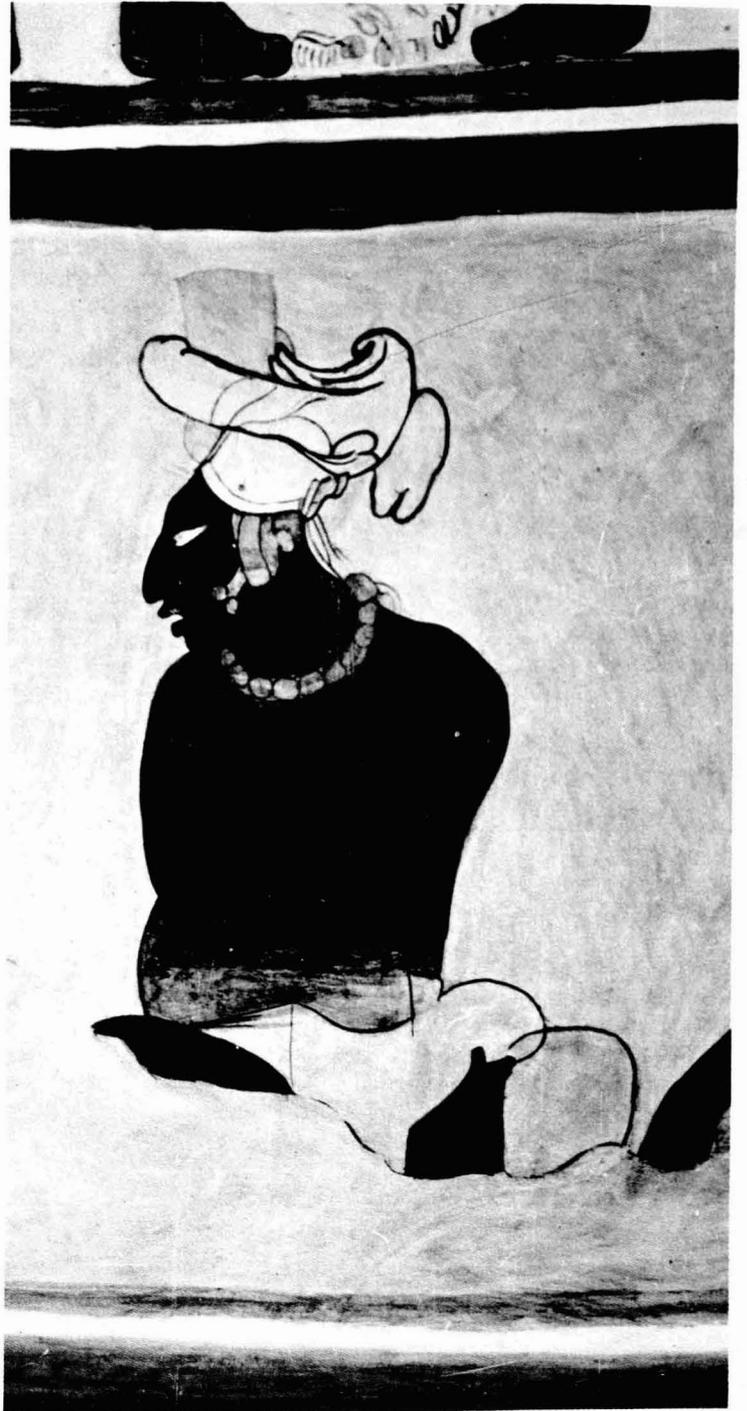
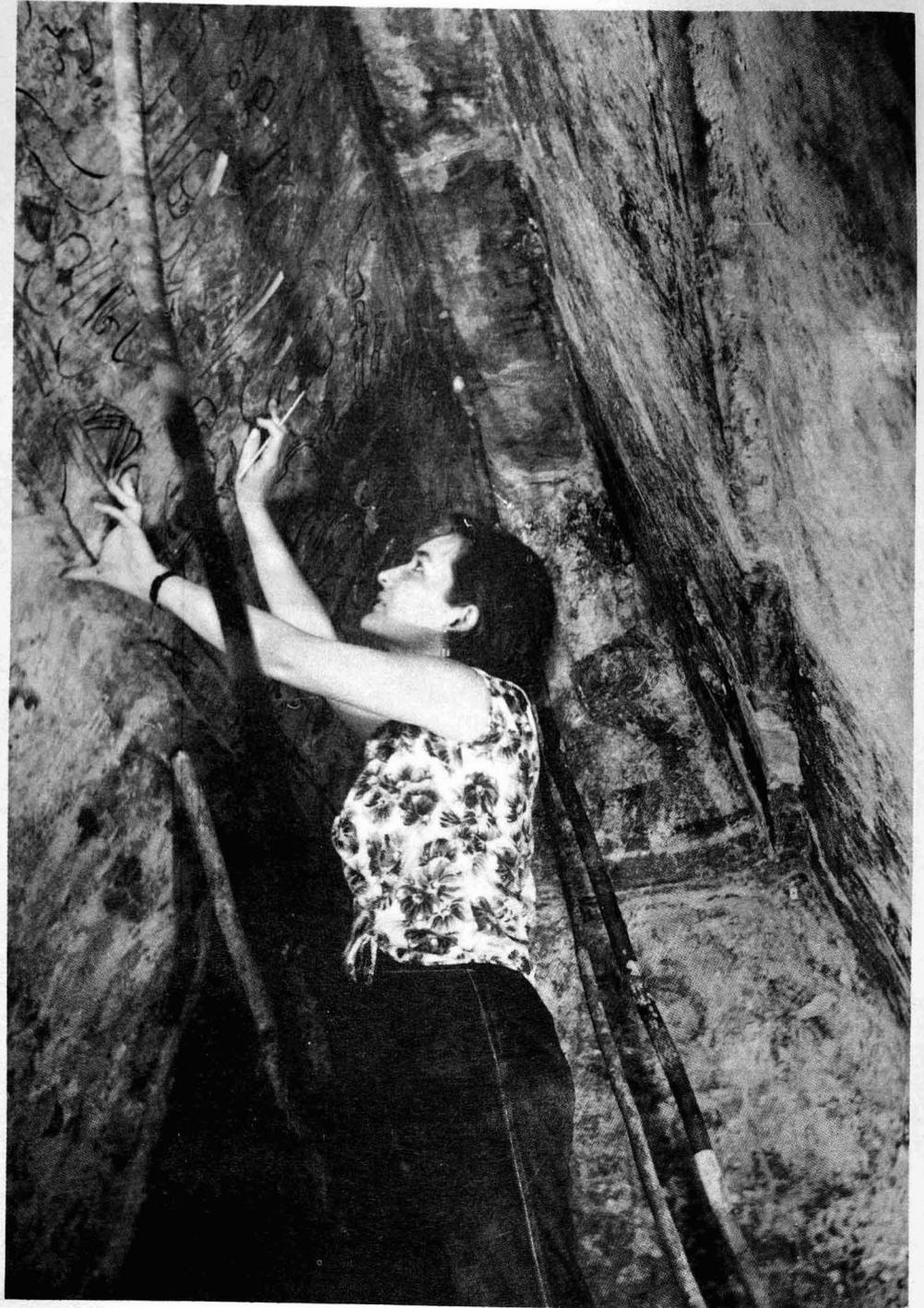


Carlos Pellicer

MURO PINTADO

Bonampak, sus pinturas, son el hallazgo más importante en los últimos 15 años, de nuestro arte prehispánico. Por primera vez estamos dentro de un edificio entero y completamente pintado. Es el siglo séptimo y se trata de conmemorar un triunfo militar, acompañado de sus consecuencias. Los pintores —¿fueron dos o tres?— realizaron una obra de tipo monumental con criterio diferente en cuanto a dibujo y composición. En sus mejores momentos, la escultura y la pintura mayas fueron siempre realistas. Antes de Bonampak encontramos pintura en Chichén-Itzá y en Tulum pero con influencia tolteca. El vaso Pellicer del Museo de Tabasco, copiado por Covarrubias, nos muestra en plenitud la pintura maya que alcanza en Bonampak su grado supremo. La Batalla es toda una lección de dinamismo. Toda la suntuosidad de que los mayas fueron capaces la tenemos en la escena de los Príncipes vistiéndose para una ceremonia y en la Danza de los Hombres Pájaros en las gradas de una pirámide. Cosas de la vida pública y privada de esa gente. El vencido muerto a los pies del triunfador en la escena del juicio de los prisioneros, es un desnudo de admirables líneas. En esa misma composición, los capitanes acusadores son indudablemente retratos. Las diferencias en el perfil de cada personaje, es determinante: nariz, boca y barbilla nos lo dicen. En la guerra el hombre es feroz, vuelve a la zoología. Toda una jerarquía militar en este gran mural de la batalla y el que enfrenta, nos lo indica. Músicos y danzantes desbordan ruidosamente el triunfo. (Los mayas desconocieron los instrumentos de cuerda.) Pequeñas percusiones dan al ritmo delicados movimientos. Sobre las gradas de un edificio, la danza, el danzante, da una emoción universal. Enormes tocados, alas; el bosque vuela. Van a bailar el mono y el cocodrilo, la iguana y el cangrejo. Pequeñas percusiones, un disco de madera, un palito y una pequeña esfera, aligeran los músculos en actitudes frágiles. Y en el mundo personal del lujo, cien quetzales han muerto para bañar a los vencedores con sus verdes diamantes. En las bóvedas de las tres estancias la máscara solar de todos los colores abandonando el prisma. El Sol y siempre el Sol. Bonampak quiere decir muro pintado. El nombre lo inventó Morley poco antes de morir. Está







entre cerros y colinas, un poco lejos del agua potable —una laguna— y un poco más del gran río Usumacinta, camino imperial de los mayas. Delante de los templos, tres estelas, justamente célebres, dan cuenta del genio de sus escultores. Las pinturas están todavía veladas por una seda opaca de carbonato de cal escurecida por el material mismo de la construcción, agrietada por la invasión inexorable de una vegetación tremenda. Como siempre, la soledad de las ruinas, huellas admirables del hombre, estremece muy a fondo el alma humana. La selva, riquísima fábrica de rumores, se pasa la noche destruyendo pequeños objetos que pasan o caen. El sol y la lluvia organizan sus fiestas casi sin intermedio. La nauyaca produce una de las muertes

más horribles, y entre orquídeas y mariposas raras se pasa el día sin saber cómo. Un exceso de vida parece olvidar, torpemente, la idea de morir. Allí pasó Rina Lazo largas temporadas, calcando con increíble habilidad y amor, ella, guatemalteca y mexicana, las maravillosas pinturas murales que catorce siglos han respetado a pesar de todo. Así, Rina Lazo, ha pintado como los mayas hace catorce siglos. El trabajo de esta grande artista difícilmente puede repetirse. Rina Lazo ha salvado, reproduciéndola con rara fidelidad, una de las obras maestras del arte universal. En aquellos parajes, la tempestad parece acabar con el mundo, y en el medio día, a cuarenta grados a luz desnuda, a veces, entre las piedras, suele verse, con asombro, un alacrán azul.

